

HEATHER MORRIS

LAS TRES HERMANAS

Una novela de supervivencia  
y esperanza basada en una historia real

Traducción de Amparo Gresa y Miguel Trujillo

  
ESPASA

PRIMERA PARTE  
LA PROMESA

# 1

VRANOV NAD TOPL'OU, ESLOVAQUIA  
MARZO DE 1942

—Por favor, dime que va a estar bien; estoy muy preocupada por ella —ruega Chaya inquieta mientras el doctor examina a su hija de diecisiete años.

Magda lleva varios días con fiebre.

—Sí, señora Meller, Magda estará bien —le asegura el doctor Kisely.

La pequeña habitación contiene dos camas; en una duerme Chaya con su hija más joven, Livi; y la otra la comparten Magda y su hermana mayor, Cibi, cuando está en casa. Un gran armario ocupa una de las paredes, abarrotado con las pequeñas posesiones personales de las cuatro mujeres de la casa. En primer lugar, el frasco de perfume de cristal tallado con su lazo y su borla de color esmeralda, y al lado una fotografía borrosa. En ella se ve a un hombre sentado en una silla, con un bebé sobre una rodilla y una niña algo mayor en la otra. Una tercera, de más edad, posa de pie a su izquierda. A su derecha se encuentra la madre de las muchachas, con una mano apoyada sobre el hombro de su marido. La madre y las hijas llevan vestidos de encaje blanco; juntos son la familia perfecta o, al menos, lo eran.

Después de que Menachem Meller muriera en la mesa de operaciones cuando, al fin, le quitaron la bala pero perdió demasiada sangre para sobrevivir, Chaya quedó viuda y, las niñas, huérfanas de padre. Yitzchak, padre de Chaya y abuelo de las hermanas, se mudó a la pequeña cabaña para ayudar en lo que pudiera, mientras que el hermano de Chaya, Ivan, vive en la casa de enfrente.

Ella no está sola, aunque se sienta así.

Las pesadas cortinas de la habitación están echadas, impidiendo que la brillante luz del sol de primavera que se atisba por encima de la barra de las cortinas alcance a la temblorosa y febril Magda.

—¿Podemos hablar en la otra habitación? —pregunta el doctor Kisely, cogiendo a Chaya del brazo.

Livi, con las piernas cruzadas sobre la cama de al lado, observa a Chaya mientras coloca otra toalla húmeda sobre la frente de Magda.

—¿Te quedas con tu hermana? —le pregunta su madre, y Livi asiente con la cabeza.

Cuando los adultos abandonan la habitación, Livi se dirige hacia la cama de su hermana y se tumba junto a ella para secarle el sudor del rostro con un pañuelo.

—Va a estar todo bien, Magda. No voy a dejar que te pase nada.

Esta se obliga a sonreír un poco.

—Esa es mi frase. Yo soy la hermana mayor, yo cuido de ti.

—Pues ponte buena.

Chaya y el doctor Kisely recorren los pocos pasos desde el dormitorio hasta la sala principal de la casa. La puerta delantera se abre directamente a aquella acogedora sala de estar, con una pequeña zona de cocina en la parte posterior.

El abuelo de las muchachas, Yitzchak, está lavándose las manos en el fregadero. Ha dejado un rastro de virutas de madera al volver del jardín, y hay más en la alfombra azul desteñida que cubre el suelo. Sobresaltado, se da la vuelta y salpica el suelo de agua.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—Yitzchak, me alegra que estés aquí. Ven a sentarte con nosotros.

Chaya se vuelve con rapidez hacia el joven médico, con miedo en los ojos. El doctor Kisely sonrío y la guía hasta una silla de la cocina, y aparta otra de la pequeña mesa para que Yitzchak se acomode.

—¿Está muy mal? —pregunta este.

—Va a ponerse bien. Tiene fiebre, nada de lo que una muchacha joven y sana no pueda recuperarse por sí sola.

—Entonces ¿qué problema hay? —quiere saber Chaya.

El doctor Kisely toma otra silla y se sienta.

—No os asustéis por lo que estoy a punto de deciros.

Chaya se limita a asentir con la cabeza, desesperada por que le diga ya lo que tiene que decir. Los años desde que estalló la guerra la han cambiado: su frente antes lisa está llena de arrugas, y está tan delgada que el vestido le cuelga como si estuviera tendido al sol.

—¿Qué pasa, hombre? —insiste Yitzchak. La responsabilidad que siente hacia su hija y sus nietas lo ha envejecido más de lo que le corresponde, y no tiene tiempo para misterios.

—Quiero ingresar a Magda en el hospital...

—¿Qué? ¡Pero si acabas de decir que va a ponerse bien! —explota Chaya. Se levanta de inmediato apoyándose en la mesa.

El doctor Kisely alza una mano para silenciarla.

—No es porque esté enferma. Hay otra razón por la que quiero ingresarla y, si me escucháis, os la explicaré.

—¿De qué narices estás hablando? —espeta Yitzchak—. Suéltalo ya.

—Señora Meller, Yitzchak, estoy oyendo rumores, rumores terribles, que dicen que se están llevando de Eslovaquia a judíos jóvenes, chicos y chicas, para trabajar para los alemanes. Si Magda se encuentra en el hospital, estará a salvo, y prometo que no dejaré que le pase nada.

Chaya vuelve a derrumbarse en la silla, cubriéndose la cara con las manos. Esto es mucho peor que la fiebre.

Yitzchak le da unas palmadas distraídas en la espalda, pero está concentrado en escuchar todo lo que tiene que decir el doctor.

—¿Qué más? —pregunta, mirando a este a los ojos e instándolo a ser directo.

—Como he dicho, son varios rumores, y ninguno es bueno para los judíos. Si vienen a por vuestros hijos es el principio del fin. Y eso de trabajar para los nazis..., no tenemos ni idea de lo que significa.

—¿Qué podemos hacer? Ya lo hemos perdido todo: el derecho a trabajar, a alimentar a nuestras familias... ¿Qué más pueden arrebatarlos?

—Si lo que estoy oyendo tiene alguna base real, quieren a vuestros hijos.

Chaya se endereza en su asiento. Tiene el rostro enrojecido, pero no llora.

—¿Y Livi? ¿Quién va a proteger a Livi?

—Me parece que los buscan de dieciséis años o más. Livi tiene catorce, ¿verdad?

—Quince.

—Sigue siendo una niña. —El doctor Kisely sonrío—. Creo que estará bien.

—¿Y cuánto tiempo se quedará Magda en el hospital? —pregunta Chaya, y se vuelve hacia su padre—. No querrá ir, no querrá abandonar a Livi. ¿No recuerdas, Padre, cuando Cibi se marchó y le hizo prometer a Magda que cuidaría de su hermana pequeña?

Yitzchak le da unas palmadas en las manos.

—Si queremos salvarla, tendrá que marcharse, le guste o no.

—Creo que bastarán solo unos días, tal vez una semana. Si los rumores son ciertos, ocurrirá pronto, y después la traeré a casa. ¿Y Cibi? ¿Dónde está?

—Ya la conoces, se ha ido con la *Hachshara*.

Chaya no sabe qué pensar de la *Hachshara*, un programa de entrenamiento para enseñar a la gente joven como Cibi las habilidades necesarias para empezar una nueva vida en Palestina, muy lejos de Eslovaquia y de la guerra que asola Europa.

—¿Sigue aprendiendo a labrar la tierra? —bromea el doctor, pero ni a Chaya ni a Yitzchak les hace gracia.

—Si va a emigrar, eso es lo que encontrará cuando llegue: mucha tierra fértil esperando que la siembren —dice Yitzchak.

Pero Chaya permanece en silencio, perdida en sus pensamientos. Una hija en el hospital y la otra lo bastante joven como para escapar de las garras de los nazis. Y la tercera, Cibi, la mayor, ahora forma parte de un movimiento juvenil sionista con la misión de crear una patria judía, sea cuando sea eso.

Todos se han percatado de que realmente necesitan una tierra prometida, y cuanto antes, mejor. Pero al menos sus tres hijas están a salvo por el momento, piensa Chaya.

## 2

ÁREA BOSCOSA EN LAS AFUERAS DE VRANOV NAD  
TOPL'OU, ESLOVAQUIA  
MARZO DE 1942

Cibi se agacha mientras un pedazo de pan le pasa volando junto a la cabeza. Le frunce el ceño al joven que lo ha lanzado, aunque sus ojos centelleantes revelan un sentimiento muy distinto.

Cibi no dudó cuando llegó la convocatoria, y respondió con entusiasmo al deseo de forjar una nueva vida en una nueva tierra. En un claro en mitad del bosque, lejos de ojos entrometidos, se construyeron cabañas para dormir, además de una sala común y una cocina. Allí veinte adolescentes aprenden a ser autosuficientes, viviendo y trabajando juntos en una pequeña comunidad, y se preparan para una nueva vida en la tierra prometida.

La persona responsable de esta oportunidad es el tío de uno de los chicos que también están sometidos al entrenamiento. Aunque Josef se convirtió al cristianismo, no ha perdido la solidaridad con los judíos que están pasando apuros en Eslovaquia, a pesar de su cambio de fe. Es un hombre adinerado, así que adquirió unas tierras en el bosque a las afueras del pueblo, un lugar seguro para que los jóvenes puedan entrenar juntos. Josef solo

tiene una regla: cada viernes por la mañana todos deben regresar a casa, antes del *sabbat*, y no volver hasta el domingo.

En la cocina, Josef suelta un suspiro al ver que Yosi le lanza un trozo de pan a Cibi. Ya han preparado el viaje de este grupo; se marcharán dentro de dos semanas. Su campo de entrenamiento está funcionando: ocho grupos se han ido ya a Palestina... y ahí están esos dos, haciendo el tonto.

—¡Si el calor de Palestina no nos mata, lo hará la comida que preparas, Cibi Meller! —le grita su atacante—. A lo mejor deberías limitarte a cultivar los alimentos.

Ella se acerca al joven a zancadas y le rodea el cuello con un brazo.

—Como sigas tirándome cosas, no vivirás para llegar a Palestina —le advierte, apretando un poco.

—¡Se acabó, chicos! —anuncia Josef—. Terminad y salid. El entrenamiento comienza en cinco minutos. —Hace una pausa—. Cibi, ¿quieres pasar un rato más en la cocina practicando cómo hacer pan?

Cibi libera el cuello de Yosi y se pone firme.

—No, señor, no parece que se me vaya a dar mejor por mucho tiempo que pase en la cocina.

Mientras habla, veinte sillas chirrían contra el suelo de madera del comedor improvisado cuando los jóvenes judíos se apresuran a terminar sus comidas, deseosos de salir y comenzar a entrenar otra vez.

Forman unas hileras desordenadas y se ponen firmes mientras su instructor, Josef, se acerca sonriente. Está orgulloso de sus valientes reclutas, tan dispuestos a embarcarse en un viaje peligroso, dejando atrás a sus familias y su país mientras la guerra y la ocupación de los nazis se propagan a su alrededor. Es mayor y más sabio

y, tras prever el futuro de los judíos en Eslovaquia, convocó la *Hachshara*, creyendo que era su única oportunidad si querían sobrevivir a lo que estaba por llegar.

—Buenos días —dice Josef.

—Buenos días, señor —responden a coro.

—Entonces el Señor hizo un pacto con Abraham aquel día y dijo... —comienza, buscando su conocimiento de los versos del primer libro de la Biblia.

—«Yo he entregado esta tierra a tus descendientes, desde la frontera de Egipto hasta el gran río Éufrates» —responde el grupo.

—Y el Señor le dijo a Abraham...

—«Deja tu patria y a tus parientes y a la familia de tu padre, y vete a la tierra que yo te mostraré» —terminan ellos.

La solemnidad del momento queda rota por los rugidos de una camioneta abriéndose paso trabajosamente a través del claro. Cuando aparca junto a ellos, un granjero de la zona baja de ella.

—Yosi, Hannah, Cibi —llama Josef—, seréis los primeros para las clases de conducir de hoy. Y, Cibi, me da igual lo buena o mala cocinera que seas, pero tienes que aprender a conducir una camioneta. Ponte con las mismas ganas con las que te has abalanzado sobre el cuello de Yosi y dentro de nada estarás enseñando tú a los demás. Necesito que todos sobresalgáis en algo para que ayudéis con el entrenamiento. ¿Comprendido?

—¡Sí, señor!

—El resto, id al cobertizo. Hay mucha maquinaria de granja dentro que aprenderéis a utilizar y a mantener.

Cibi, Hannah y Yosi se acercan a la puerta del asiento del conductor de la camioneta.

—Vale, Cibi, tú primero. Intenta no romperla antes de que nos toque a Hannah y a mí —dice Yosi jugueteando.

Ella se acerca a Yosi y, una vez más, le rodea el cuello con el brazo.

—Estaré conduciendo por las calles de Palestina antes de que tú encuentres la primera marcha —le gruñe al oído.

—Vale, parad ya. Cibi, sube; yo me montaré al otro lado —dice el granjero.

Mientras ella se monta en la camioneta, Yosi le da un empujón desde atrás. Con la mitad del cuerpo dentro y la otra mitad fuera del vehículo, se plantea qué hacer, y decide que ayudará a Yosi a subir de la misma manera cuando sea su turno.

Yosi y Hannah se parten de risa mientras Cibi, tras el volante de la camioneta, pone el motor en marcha y avanza por el camino dando botes como un conejo. Por la ventanilla del conductor sale un brazo extendido con el dedo corazón en alto.

# 3

VRANOV NAD TOPL'OU, ESLOVAQUIA  
MARZO DE 1942

—Livi, deja de mirar por la ventana —suplica Chaya—. Magda regresará a casa cuando se encuentre lo bastante bien como para salir del hospital.

No está segura de haber hecho lo correcto mandando a Magda al hospital. Como siempre, desearía que Menachem estuviera vivo. Sabe que es irracional, pero piensa que la guerra, los alemanes, la rendición de su país a los nazis... nada de eso habría ocurrido si él siguiera vivo.

—Pero, mamá, dijiste que no estaba tan enferma; ¿por qué no ha vuelto aún del hospital? Han pasado días.

Livi se pone a gimotear y a Chaya le gustaría que a su hija se le ocurriera otra pregunta diferente que hacerle. Ha escuchado y respondido a esta demasiadas veces.

—Ya sabes la respuesta, Livi. El doctor Kisely creía que unos días de descanso, lejos de tus agobios, la ayudarían a recuperarse más rápido. —Chaya se permite una pequeña sonrisa.

—¡Yo no la agobiaba! —grita Livi.

Ahora se enfurruña y se aparta de la ventana, dejando que la cortina caiga y tape un mundo que se torna poco a poco más confuso y amenazador. Su madre es

cada vez más reacia a dejarla salir de casa, ni siquiera para ir a comprar o para ver a sus amigas, y argumenta que los ojos de la Guardia de Hlinka están en todas partes, ansiosos por acorralar a jovencitas judías como ella.

—¡Aquí me siento encerrada! ¿Cuándo vuelve a casa Cibi?

Livi envidia la libertad de Cibi y sus planes para marcharse en busca de la tierra prometida.

—Estará en casa en dos días. Tú no te acerques a la ventana.

Un fuerte golpe en la puerta delantera hace que Yitzchak salga apresuradamente de la cocina, donde estaba tallando una estrella de David en un trozo de madera. Cuando sale por la puerta, Chaya levanta la mano.

—No, Padre, ya voy yo.

Cuando Chaya abre la puerta, fuera hay dos jóvenes de la Guardia de Hlinka. A ella le da un escalofrío. La policía estatal y, lo que es más crucial, peones de Adolf Hitler se encuentran ante ella con sus inquietantes uniformes negros. Estas personas no la protegerán a ella ni a ningún judío de Eslovaquia.

—Hombre, hola, Visik, ¿cómo estás? ¿Y tu madre, Irene, cómo se encuentra? —Chaya se niega a mostrarles miedo. Sabe por qué se han presentado allí.

—Está bien, gracias...

El otro guardia da un paso adelante. Es más alto, está claramente enfadado e intimida más que el muchacho.

—No hemos venido a parlotear. ¿Es usted la señora Meller?

—Ya sabes que sí. —Chaya se nota el pulso acelerado en la garganta—. ¿Qué puedo hacer por vosotros, chicos?

—No nos llame «chicos». —El guardia mayor prácti-

camente escupe las palabras—. Somos patrióticos guardias de la Hlinka en misión oficial.

Ella sabe que eso no son más que patrañas. No tienen nada de patrióticos. Esos hombres entrenados por las SS han traicionado a su propio pueblo.

—Lo siento, no quería faltarles al respeto. ¿En qué puedo ayudarlos?

Chaya mantiene la calma esperando que no vean cómo le tiemblan las manos.

—¿Tiene hijas?

—Ya sabe que sí.

—¿Están aquí?

—¿Quiere decir ahora mismo?

—Señora Meller, por favor, díganos si están viviendo con usted ahora mismo.

—Livi, la pequeña, vive aquí en este momento.

—¿Dónde están las demás?

El segundo guardia da otro paso.

—Magda está en el hospital. Está muy enferma y no sé cuándo volverá a casa. Y Cibi... Bueno, Visik, ya sabes lo que hace Cibi y por qué no está aquí.

—Por favor, señora Meller, por favor, deje de usar mi nombre, usted no me conoce —suplica Visik, avergonzado por la familiaridad con que lo trata delante de su compañero.

—Bueno, pues Livi debe presentarse en la sinagoga el viernes a las cinco en punto. —El segundo guardia mira por encima del hombro de Chaya hacia el interior de la casa mientras habla—. Puede traerse una maleta. Desde allí se la llevarán para trabajar para los alemanes. Debe venir sola, sin ninguna compañía. ¿Comprende la orden que acabo de darle?

—¡Ya os lo he dicho! —Chaya está aterrorizada de re-

pende, los ojos le arden—. No podéis llevaros a Livi, solo tiene quince años. —Se acerca a Visik implorándole—. No es más que una niña.

Ambos hombres retroceden inseguros ante lo que es capaz de hacer Chaya. El segundo guardia coloca la mano sobre la pistola que lleva en la cartuchera.

Yitzchak se acerca y aparta a su hija un poco.

—Esas son sus órdenes. El nombre de su hija estará en la lista de chicas que serán transportadas —dice Visik, y luego se inclina y susurra—: Si no aparece será peor para ella. —Hincha el pecho para recuperar la autoridad y se da golpecitos en la barbilla mientras ríe en tono triunfal conforme se aleja pavoneándose por el sendero.

Chaya mira a Livi, que está acurrucada en los brazos de su abuelo. El triste rostro de Yitzchak no puede esconder la ira y la culpa que siente por no ser capaz de proteger a su nieta más pequeña.

—No pasa nada, abuelo. Mamá, puedo ir a trabajar para los alemanes. Seguro que no será mucho tiempo. Es solo trabajo, no puede ser muy difícil.

De pronto la habitación se oscurece. La luz del sol que antes se colaba por la ventana se ve ensombrecida por oscuras nubes que se entrevén por una ranura entre las cortinas echadas. Un trueno sacude la casa y en unos segundos un fuerte aguacero arremete contra el tejado.

Chaya observa a Livi, su pequeña guerrera; los ojos azules y los rizos contradicen la determinación que demuestra. Esta le sostiene la mirada a su madre; es Chaya la que al final aparta la vista, estrujando la parte delantera del vestido con las manos, una señal, su señal, de que por dentro se está desmoronando. El dolor que siente en el pecho es una muestra física de la impotencia que la invade.

Nadie dice nada. Mientras Chaya se dirige a su cuarto, extiende una mano y le toca el brazo a Livi, con los ojos clavados en el suelo. Luego Livi y Yitzchak oyen cómo se cierra la puerta del dormitorio.

—¿Debería...?

—No, Livi, déjala sola. Saldrá cuando esté preparada.